

El financiero

Theodore Dreiser

Capítulo I

La Filadelfia en la que nació Frank Algernon Cowperwood era una ciudad de más de 250.000 habitantes. Estaba llena de bellos parques, notables edificios y recuerdos históricos. Muchas cosas de las que conocemos, de las que conoció él después, no existían todavía entonces: el telégrafo, el teléfono, los envíos urgentes, el transatlántico de vapor, el correo urbano. No había sellos ni cartas certificadas. El tranvía no había aparecido aún. En su lugar había multitud de ómnibus y, para viajes más largos, la red de ferrocarril, que iba desarrollándose poco a poco y estaba aún muy unida a los canales.

El padre de Cowperwood era empleado de banca cuando nació Frank, pero diez años más tarde, cuando el niño estaba ya empezando a arrojar una mirada sensible y enérgica sobre el mundo, el señor Henry Worthington Cowperwood, debido al fallecimiento del presidente del banco y la consiguiente subida en el escalafón de los demás empleados, heredó la plaza dejada por el pagador recién ascendido, con el salario, para él espléndido, de 3.500 dólares al año. Lo primero que decidió, y así se lo dijo a su mujer lleno de júbilo, fue trasladar a su familia del 21 de la calle Buttonwood al 124 de la calle Market, un barrio mucho mejor, en el que había una bonita casa de ladrillo, de tres pisos, en lugar de su vivienda hasta entonces, de dos. Existía la probabilidad de que algún día tuvieran algo mejor, pero, por el momento, aquello era suficiente. Se sintió sumamente satisfecho.

Henry Worthington Cowperwood era un hombre que sólo creía en lo que veía y estaba contento con ser lo que era: un banquero, o

un aspirante a serlo. Tenía, por aquel entonces, una figura imponente —alto, delgado, inquisitorial, estudioso—, con unas patillas hermosas, suaves, recortadas, que llegaban casi hasta el lóbulo de las orejas. Tenía el labio superior liso y curiosamente alargado, la nariz larga y recta y una barbilla que tendía a puntiaguda. Sus cejas tupidas realzaban unos ojos de color verde grisáceo, y el cabello lo llevaba corto y con una raya muy definida. Llevaba siempre levita —era lo que estaba de moda en los círculos financieros en aquellos tiempos— y chistera. Y mantenía las manos y las uñas inmaculadas. Su actitud parecía severa, pero, en realidad, más que austera, era cultivada.

Como era ambicioso y deseaba progresar social y económicamente, tenía mucho cuidado de con quién y sobre quién hablaba. Tenía tanto miedo de expresar una opinión política o social furibunda o impopular como de que le atribuyeran un carácter malvado, pese a que la verdad era que no tenía ninguna opinión de gran importancia que manifestar. No estaba ni a favor ni en contra de la esclavitud, pese a vivir en una atmósfera cargada de pasión por parte de los abolicionistas y los contrarios. Creía sinceramente que se podían hacer grandes fortunas con el ferrocarril si uno tenía el capital necesario y esa cosa tan peculiar que era una personalidad magnética, la capacidad de ganarse la confianza de los demás. Estaba seguro de que Andrew Jackson se equivocaba al oponerse a Nicholas Biddle y el United States Bank, una de las grandes cuestiones de la época; y le preocupaba, con razón, la combinación de dinero descontrolado y flotante que llegaba sin cesar a su banco, por supuesto con descuento, para repartirlo luego en préstamos a clientes angustiados con un margen de beneficio. Su banco era el Third National de Filadelfia, situado en la calle que constituía el centro de la ciudad y, en aquella época, prácticamente de todas las finanzas nacionales: Third Street, la calle Tres. Sus dueños dirigían además una firma de agentes bursátiles. En aquel tiempo había una auténtica plaga de bancos estatales, grandes y pequeños, que emitían billetes prácticamente sin someterse a ninguna regulación, respaldados por unos activos inseguros y desconocidos, y que entraban en bancarrota con una rapidez asombrosa; y conocerlos bien era un requisito importante del puesto del señor Cowperwood. Como

consecuencia, se había convertido en la cautela personificada. Por desgracia para él, le faltaban las dos cosas necesarias para distinguirse en cualquier campo: magnetismo y visión. No estaba destinado a ser un gran financiero, aunque sí parecía tener posibilidades de tener un éxito moderado.

La señora Cowperwood tenía un temperamento religioso; era una mujer menuda, de cabello castaño y ojos marrones y límpidos, que había sido muy atractiva en su tiempo, pero se había vuelto remilgada y práctica y tendía a tomarse muy en serio el cuidado maternal de sus tres hijos y su única hija. Los varones, capitaneados por Frank, el mayor, eran para ella una fuente de considerables disgustos, porque estaban siempre organizando expediciones a distintas partes de la ciudad, juntándose sin duda con malas compañías y viendo y oyendo cosas que no habrían debido ver ni oír.

Ya a los diez años, Frank Cowperwood mostraba madera de líder. En el colegio al que acudía y más tarde en el Instituto Central, le consideraban una de esas personas en cuyo sentido común siempre se podía confiar. Era un joven robusto, valiente y desafiante. Desde el comienzo de su vida, había querido saber de economía y política. No le interesaban nada los libros. Era un chico pulcro, delgado, bien proporcionado, con un rostro sincero, abierto e incisivo; ojos grises grandes y transparentes; frente ancha; cabello corto, erizado, de color marrón oscuro. Era agudo, incisivo, rápido, seguro de sí mismo, y siempre estaba haciendo preguntas que exigían respuestas inteligentes. Nunca le dolía nada, disfrutaba de la comida y manejaba a sus hermanos con mano de hierro: «¡Vamos, Joe!», «¡Aprisa, Ed!». Dictaba las órdenes sin brusquedad pero con confianza, y Joe y Ed le obedecían. Desde el principio consideraron a Frank su jefe, y escuchaban con avidez lo que él les decía.

Estaba siempre reflexionando, sopesando; las cosas le asombraban cada una más que otra, porque no lograba adivinar cómo estaba organizada esta situación a la que había llegado, esta vida. ¿Cómo había llegado toda esa gente al mundo? ¿Qué hacían todos ahí? ¿Y quién había empezado las cosas? Su madre le contó la historia de Adán y Eva, pero él no se la creyó. Había un mercado de pescado no muy lejos de su casa y, cuando pasaba de camino a ver a su padre al banco o se llevaba a sus hermanos de

expedición al salir del colegio, le gustaba observar allí un gran acuario, delante de una tienda, en el que guardaban ejemplares extraños de vida marina, capturados por los pescadores de la bahía de Delaware. Una vez vio en él un caballito de mar —un animalito extraño que era vagamente parecido a un caballo— y, otra vez, una anguila eléctrica, un animal que el descubrimiento de Benjamin Franklin había ayudado a explicar. Otro día vio cómo metían en la pecera un calamar y una langosta, y fue testigo de una tragedia que se le quedó grabada durante toda su vida y le aclaró considerablemente las cosas desde el punto de vista intelectual. Por lo que decían los mirones que pululaban por allí, a la langosta no le daban ninguna comida, porque se consideraba que el calamar era su presa debida. Estaba echada en el fondo del tanque, sobre la arena amarilla, sin ver aparentemente nada —era imposible saber hacia dónde miraban sus ojos negros y redondos como botones—, pero la verdad era que no le quitaba la vista de encima al calamar. Éste, pálido y de textura viscosa, con aspecto de grasa de cerdo de color jade, se movía como un torpedo; pero, al parecer, su enemigo no le perdía de vista, porque, poco a poco, empezaron a desaparecer pequeños trozos de su cuerpo, amputados por las pinzas implacables de su perseguidora. La langosta saltaba como una catapulta hacia donde estaba el calamar, y éste, que parecía ensimismado, demostraba estar en realidad muy alerta y se apresuraba a huir y arrojar una nube de tinta tras la que desaparecía. Sin embargo, no siempre lo conseguía del todo. Era frecuente que quedaran pequeñas porciones de su cuerpo o su cola entre las pinzas del monstruo. Fascinado por el drama, el joven Cowperwood iba todos los días a presenciarlo.

Una mañana, se detuvo delante del acuario, con la nariz casi pegada al cristal. Dentro sólo quedaba un trozo del calamar, y su bolsa de tinta estaba más vacía que nunca. En una esquina estaba la langosta, que parecía preparada para actuar.

El chico estuvo allí todo el tiempo posible, fascinado por el feroz combate. Una hora más, un día más, y el calamar podría estar muerto, asesinado por la langosta, y la langosta se lo comería. Volvió a mirar el motor de destrucción con su color cobre verdoso y se preguntó cuándo sucedería. Por la noche, quizá. Volvería de noche.

El muchacho volvió por la noche, y, ¡oh!, lo esperado había sucedido. Alrededor del acuario se apiñaba una pequeña multitud. La langosta estaba en el rincón. Delante de ella se hallaba el calamar partido por la mitad y devorado en parte.

«Por fin ha acabado con él —observó un espectador—. Estaba yo aquí, hace una hora, y la langosta dio un salto y lo atrapó. El calamar estaba demasiado cansado. No tuvo la rapidez suficiente. Retrocedió, pero la langosta contaba con ello. Lleva ya tiempo adivinando sus movimientos. Y hoy pudo con él.»

Frank se limitó a mirar. Qué rabia le dio habérselo perdido. Sintió un último atisbo de lástima por el calamar al ver el cadáver. Luego miró al vencedor.

«Así es como tiene que ser, supongo —se dijo a sí mismo—. El calamar no fue lo bastante rápido.» Comprendió lo que había pasado.

«El calamar no podía matar a la langosta; no tenía con qué. La langosta pudo matar al calamar porque tenía buenas armas. El calamar no tenía de qué alimentarse; en cambio, él servía de presa a la langosta. ¿Cuál iba a ser el resultado? ¿Qué otro podía ser? No tenía ninguna posibilidad», fue su conclusión, mientras volvía a casa.

El incidente le dejó una gran huella. Era una respuesta burda al enigma que tanto le había atormentado: «¿Cómo está organizada la vida?». Las cosas se aprovechaban unas de otras; ésa era la respuesta. Las langostas se alimentaban de calamares y otras cosas. ¿Y quiénes se alimentaban de langostas? ¡Los hombres, por supuesto! ¡Claro, eso era! ¿Y quiénes se alimentaban de hombres?, se preguntó. ¿Otros hombres? Los animales salvajes se alimentaban de hombres. Y estaban los indios y los caníbales. Y a algunos hombres los mataban las tormentas y los accidentes. No estaba tan seguro de que los hombres se comieran unos a otros; pero sí que se mataban. ¿No era eso lo que pasaba en las guerras, y las riñas callejeras, y las revueltas del populacho? Una vez, cuando volvía del colegio a casa, había visto a una masa de gente que atacaba el edificio del periódico *Public Ledger*. Su padre le explicó por qué. El motivo eran los esclavos. ¡Por supuesto! Claro que los hombres se aprovechaban de otros hombres. No había más que ver los esclavos. Eran hombres. Ése era el motivo del

revuelo que invadía todo en aquellos tiempos. Los hombres también mataban a otros hombres: a los negros.

Siguió hacia casa muy satisfecho de su solución.

«¡Madre! —exclamó al entrar—, ¡por fin lo mató!»

«¿Mató qué? ¿Quién mató el qué? —preguntó ella con sorpresa—. Ve a lavarte las manos.»

«La langosta, acabó con el calamar que os conté a papá y a ti el otro día.»

«Bueno, qué pena. ¿Por qué te interesan esas cosas? Corre, lávate las manos.»

«Es que no se ve una cosa así todos los días. Yo nunca la había visto». Salió al jardín de atrás, donde había una toma de agua y un pilar con una mesita encima, y sobre ella un barreño reluciente y un cubo de agua. Se lavó la cara y las manos.

«Eh, papá —dijo después a su padre—, ¿sabes el calamar que te dije?»

«Sí.»

«Pues está muerto. La langosta lo mató.»

Su padre siguió leyendo. «Bueno, qué lástima», dijo con indiferencia.

No obstante, durante días y semanas, Frank pensó en esto y en la vida a la que le arrojaban, porque ya estaba dando vueltas a qué debería ser en este mundo y cómo debería salir adelante. Por lo que sentía cuando veía a su padre contando dinero, estaba seguro de que le gustaría trabajar en un banco; y calle Tres, donde estaba la oficina de su padre, le parecía el lugar más limpio y fascinante del mundo.